

La recepción de *Metahistoria*: de la retórica a la ética

Jaume Aurell

La *Metahistoria* de Hayden White ha estado presente, de modo casi sistemático, en las obras que han tratado sobre historia, filosofía de la historia, o filosofía de la escritura histórica desde que se publicó¹. De hecho, la oportuna conmemoración de su 40 aniversario, objetivo de este volumen, no hace más que confirmar una tradición de conmemoraciones, verificadas en su 15 y 25 aniversario, además de múltiples conferencias y congresos dedicados a la poliédrica obra del historiador norteamericano, con algunos acreditados comentaristas como Robert Doran, Arthur Marwick, Wulf Kansteiner, Hans Kellner, Christopher Lloyd, Herman Paul, Geoffrey Roberts, Beverley Southgate y Gabrielle M. Spiegel².

Como sucede en todas las obras consideradas “clásicas”—y *Metahistoria* lo es para la disciplina histórica, más allá de las diversas aproximaciones que se han hecho de ella, más o menos favorables—,

¹ Este artículo debe mucho a las conversaciones mantenidas con Gabrielle M. Spiegel y Robert A. Rosenstone, a quienes agradezco su disponibilidad, perspicacia teórica y generosidad con sus colegas historiadores.

² Ver especialmente el volumen especial dedicado al 25 aniversario en *History and Theory*: “Hayden White: Twenty-Five Years On”. *History and Theory*, 37, 1998, pp. 143-182. Algunas de las obras de los autores a las que hago referencia en el texto son: Marwick, Arthur. “Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (Including “Postmodernism”) and the Historical”. *Journal of Contemporary History*, 30, 1995, pp. 5-35; Kansteiner, Wulf. “Hayden White’s Critique of the Writing of History”. *History and Theory*, 32, 1993, pp. 273-295; Lloyd, Christopher. “For Realism and against the Inadequacies of Common Sense: A Response to Arthur Marwick”. *Journal of Contemporary History*, 31, 1996, pp. 215-219; Roberts, Geoffrey. “Narrative History as a Way of Life”. *Journal of Contemporary History*, 31, 1996, pp. 221-228; Southgate, Beverley. “History and Metahistory: Marwick Versus White”. *Journal of Contemporary History*, 31, 1996, pp. 209-214; Spiegel, Gabrielle M. “Above, About and Beyond the Writing of History: A Retrospective View of Hayden White’s *Metahistory* on the 40th Anniversary of Its Publication”. *Rethinking History*, 17, 2013, pp. 1-17.

se han aplicado múltiples etiquetas a esa obra y a su autor. Quizás la más divulgada sea que *Metahistoria* inauguró la aplicación del giro lingüístico a la historia, pero esto ha sido en parte negado posteriormente por el propio Hayden White, y desde luego esta apreciación depende de las diferentes concepciones que se apliquen al lenguaje —semiótica, estructuralista, o postestructuralista— y, consecuentemente, al entero fenómeno del “giro lingüístico”³. Otros han sugerido que la *Metahistoria* de White, y toda su teoría posterior, deben ser encuadrados bajo la etiqueta del estructuralismo —y su conexión con autores como Roman Jakobson, Claude Lévi-Strauss y Roland Barthes son evidentes⁴. White mismo ha confirmado que se siente más a gusto con la etiqueta estructuralista, tal como lo transmitió a su discípula Ewa Domanska en una larga entrevista⁵. Sin embargo, es también evidente que White rechaza el determinismo social de Marx y el deseo de escapar de la propia historia de Nietzsche y que, por tanto, se opone al anti-humanismo implícito en el estructuralismo.

³ Un magnífico diagnóstico de estas distinciones, aplicadas a las obra de Hayden White, en Spiegel, Gabrielle M. “Rhetorical Theory/Theoretical Rhetoric: Some Ambiguities in the Reception of Hayden White”. Doran, Robert (ed.). *Philosophy of History after Hayden White*. Londres: Bloomsbury, 2013. Para la distinción de conceptos tan complejos como el estructuralismo, el postestructuralismo, y el deconstruccionismo no he encontrado todavía mejor diagnóstico que el de Breisach, Ernst. *On the Future of History: The Postmodernist Challenge and its Aftermath*. London: University of Chicago Press, 2003.

⁴ Ver su inspiración en Roland Barthes y en el estructuralismo en particular, en White, Hayden. “Literary Theory and Historical Writing”. *Figural Realism Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1999, pp. 1-26, especialmente p. 25 (Publicado originariamente como “Figuring the Nature of the Times Deceased: Literary Theory and Historical Writing”. Cohen, Ralph (ed.). *The Future of literary theory*. London: Routledge 1989, pp. 19-43); White, Hayden. “Historicism, History and the Figurative Imagination”. *History and Theory*, 14, 1975, pp. 48-67, especialmente p. 66. Ver también los comentarios de Kansteiner, Wulf. “Hayden White’s Critique of the Writing of History”. *History and Theory*, 32, 1993, pp. 273-295, especialmente p. 274; Paul, Herman. *Hayden White: The Historical Imagination*. Cambridge: Polity Press, 2011, p. 10 y 77.

⁵ Domanska, Ewa. *Encounters Philosophy of History after Postmodernism*, Charlottesville y Londres: University of Virginia Press, 1998, p. 27.

A mí personalmente me parece que la definición más precisa del encaje de Hayden White y su *Metahistoria* la proporcionó Robert Doran, cuando afirmó que su punto de partida no es la semiología Saussuriana sino la retórica de Vico (yo añadiría también a Kenneth Burke), y en este artículo sostengo que también debe mucho a la filosofía formalista de Kant⁶. White ha sido encasillado también bajo la etiqueta de “postestructuralista”, pero esto también fue negado convincentemente por Hans Kellner, así por el propio autor sólo tres años después de la publicación de *Metahistoria*⁷. Por fin, Robert Doran ha identificado recientemente a White con el existencialismo de Sartre, pero esto entra ya dentro del giro interpretativo que ha habido en estos últimos años en torno a la obra de White —llevándolo hacia un campo más ético que epistémico— tal como haré referencia en este artículo⁸.

Sin embargo, más allá de estas etiquetas algo sofisticadas, *Metahistoria* aparece, a primera vista, como una obra que cambió para siempre el curso de la evolución de la disciplina histórica. En primer lugar, generó un intenso debate en el propio seno de la disciplina, que propició la emergencia de la historiografía como una subdisciplina con una fuerte personalidad, devolviendo el debate sobre la ontología histórica (y la función de la escritura histórica) al seno de la historia, arrebatándoselo a la filosofía⁹. Además, situó el debate

⁶ Doran, Robert. “Humanism, Formalism and the Discourse of History. Editor’s Introduction”. *The Fiction of Narrative: Essays on History, Literature and Theory 1957-2007*. Baltimore: John Hopkins University, 2010, p. XVII.

⁷ Kellner, Hans. “A Bedrock of Order: Hayden White’s Linguistic Humanism”. *History and Theory*, 19, 1980, pp. 1-29; White, Hayden. “The Absurdist Moment in Contemporary Literary Theory”. *Contemporary Literature*, 17, 1976, pp. 378-403.

⁸ Doran, Robert. “Choosing the past: Hayden White and the Philosophy of History. Introduction”. Doran, Robert (ed.). *Philosophy of History after Hayden White*. Londres: Bloomsbury, 2013, p. 13.

⁹ Como lo demuestra el hecho de la proliferación de diversas revistas específicas sobre el tema de la historiografía, a partir de los años ochenta: *Rivista di storia della storiografia moderna* (1980), *Storia de la Storiografia. Rivista Internazionale* (1982), *History and Memory* (1989), *Rethinking History. The Journal of Theory and Practice*

sobre la historia como narración en el centro de la propia indagación sobre la definición de la historia.

Partiendo de todas estas premisas, en el presente artículo pretendo realizar una aproximación interdisciplinar a *Metahistoria* y a la obra de Hayden White, y más particularmente a su dimensión retórica, epistemológica y ética. En la primera parte, expongo las principales ideas de *Metahistoria* y trato de iluminar los fundamentos que las sustentan, relacionados sobre todo con la retórica y la teoría de los tropos. En la segunda, me propongo detallar los efectos que han tenido la recepción de esos postulados en la historia, más específicamente la evolución del debate desde la evidente carga retórica de *Metahistoria* y sus consecuencias epistemológicas en la disciplina hacia su dimensión ética, que es la que parece ser hegemónica hoy en las discusiones teóricas entre los historiadores.

Los orígenes de un debate: las cadenas de la historia

Pocas frases han tenido un efecto tan profundo en las humanidades como las que escribió Hayden White en 1978:

“Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus formas análogas en la literatura que con sus formas análogas en las ciencias”¹⁰.

Al identificar la *forma* de la narración histórica con la literatura, White postuló decididamente por una mayor convergencia disciplinar entre la historia y la crítica literaria para la interpretación de los textos históricos. La crítica histórica se convertía de golpe en una operación propia de la crítica literaria, quedando así habilitada para importar todos sus métodos y conceptos de interpretación —por lo general, mucho más sofisticados y evolucionados que los

(1997), y *Journal of the Philosophy of History* (2007).

¹⁰ White, Hayden. *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*. Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press 1978, p. 82.

de la propia disciplina histórica. Además, aunque no lo recogía explícitamente, esta hipótesis cuestionaba, a nivel real, la posibilidad de acceso al pasado; el historiador no alcanzaría el conocimiento del pasado a través de su narración, sino que simplemente lo re-actualizaría, lo re-presentaría—, en clara resonancia Collinwoodiana¹¹. La tesis tenía como consecuencia la confirmación de la convicción de que no hay otro procedimiento para recuperar el pasado que la construcción de un relato, con todas sus connotaciones de identidad mediada más que inmediata. La disciplina histórica se identificaba con la narración y se desvinculaba, por tanto, de los modelos científicos que los paradigmas de postguerra —estructuralismo, marxismo y cuantitativismo— habían pretendido aplicar a la historia.

Las consecuencias teóricas y prácticas de esta revolución epistemológica fueron tres. En primer lugar, *Metahistoria* proporcionaba un soporte teórico a la tendencia que el historiador británico Lawrence Stone ya localizó, a finales de los años setenta, como “el resurgimiento de la narrativa” en la historiografía¹². Los historiadores más prestigiosos se lanzaron a la construcción de obras históricas rompiendo la tradición de las grandes monografías estructuralistas (al estilo del *Mediterráneo* de Fernand Braudel) y marxistas (al estilo de la *formación de la clase obrera* de Edward Thompson) y apostando decididamente por la narración. Los ejemplos más característicos llegaron del ámbito del modernismo: la descripción de la vida cotidiana de un pueblecito pirenaico por parte de Emmanuel Le Roy Ladurie, el inverosímil pero documentado relato del campesino Martin Guerre de la historiadora norteamericana Natalie Z. Davis —que dio además lugar a una sugerente película interpretada por Gérard Depardieu— y la narración del proceso inquisitorial del molinero Menocchio por parte del historiador italiano Carlo Ginz-

¹¹ Siempre me ha llamado la atención que uno de los primeros artículos de White está dedicado precisamente al historiador británico: White, Hayden. “Collingwood and Toynbee: Transitions in English Historical Thought”. *English Miscellany*, 7, 1956, pp. 147-178.

¹² Stone, Lawrence. “The revival of narrative: reflections on a new old history”. *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85, 1979, pp. 3-24.

burg¹³. La segunda de las consecuencias asociada a la recepción de la *Metahistoria* fue la mayor atención que los historiadores dedicaron a los campos fronterizos de la historia con la crítica literaria y la neo-hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau¹⁴. Y, finalmente, aunque de un modo indirecto y no buscado por su autor puesto que sus autores de referencia (como Northrop Frye, Stephen C. Pepper, Karl Mannheim y Mijail Bajtin, el inolvidable autor de la *imaginación dialógica*) eran más “modernos” que “postmodernos”, *Metahistoria* propicio la invasión en la disciplina histórica de buena parte de las teorías postmodernas asociadas al giro lingüístico, el postestructuralismo y el deconstruccionismo¹⁵.

Han pasado cuatro decenios desde la publicación y la consolidación de esas corrientes y ya se está en condiciones de realizar un primer diagnóstico de los efectos reales que han tenido en la disciplina histórica y en las demás humanidades¹⁶. Hoy día hay un acuerdo bastante generalizado en que uno de los abanderados de estas transformaciones, por lo menos en la disciplina histórica y en la crítica literaria, ha sido Hayden White. Pero, hasta aquel momento, no

¹³ Davis, Natalie Z. *The return of Martin Guerre*. Cambridge: Harvard University Press, 1983, y Ginzburg, Carlo. *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*. Turín: Einaudi 1976 (hay traducciones al castellano de ambas).

¹⁴ Ricoeur, Paul. *Temps et récit*. 3 vols. París: Seuil, 1983-1985; Certeau, Michel de. *L'écriture de l'histoire*. París: Gallimard, 1975; Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1977 [1965].

¹⁵ La obra clave sobre el giro lingüístico, Rorty, Richard (ed.). *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*. Chicago: University of Chicago Press, 1967; sobre el giro cultural, Hunt, Lynn (ed.). *The New Cultural History*. Berkeley: University of California Press, 1989; los autores más asociados al postestructuralismo y el deconstruccionismo con influjo en la historiografía son Barthes, Roland. “Le discours de l'histoire”. *Social Science Information. Information sur les sciences sociales*, VI, 1967, pp. 65-75; Foucault, Michel. *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. París: Seuil, 1966 y Derrida, Jacques. *L'écriture et la différence*. París: Seuil, 1967. Sobre el específico influjo de Northrop Frye en Hayden White, ver Aurell, Jaume. “Northrop Frye y la revolución historiográfica finisecular”. *Rilce*, 24, 2008, pp. 3-20.

¹⁶ Ver Aurell, Jaume. *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*. València: Unversitat de València, 2005, pp. 125-130.

todo había sido un camino de rosas para el historiador norteamericano. White, medievalista de formación, se había dado a conocer a la historiografía durante los años sesenta, a través de la publicación de sus investigaciones sobre la historia intelectual aplicada al análisis de los textos históricos¹⁷. Ya a finales de los años cincuenta, White había escrito en su introducción al libro de Carlo Antoni, *From History to Sociology*, una frase desde luego premonitória de lo que estaba por llegar, tanto en su propio itinerario como en el de las disciplinas humanísticas: “el efecto de la narrativa es más importante que la verdad o la falsedad de lo narrado”¹⁸. White apostaba ya decididamente por la prioridad de la forma literaria por encima del contenido específicamente histórico de las construcciones historiográficas. La sospecha de sus colegas recayó sobre él, ya que por aquellos años todavía era hegemónica una escritura histórica basada en la fiabilidad de las investigaciones masivas, la credibilidad de una metodología cercana a las ciencias experimentales y el recurso a los “grandes relatos” (socioeconómicos en el marxismo y geográfico-demográficos en el estructuralismo) por encima de los “pequeños relatos” de la historia *événementielle*, que habían quedado totalmente desacreditados.

En 1966, White desenterró el hacha de guerra, al publicar un artículo en *History and Theory* en el que acusaba a sus colegas historiadores de no tener ni el rigor de las ciencias naturales ni la imaginación de la literatura¹⁹. Allí apostaba audazmente por una transformación de los estudios históricos, para permitir al historiador participar activamente en la liberación del peso de la histo-

¹⁷ Ver, por ejemplo, White, Hayden. “The Abiding Relevance of Croce’s Idea of History”. *The Journal of Modern History*, XXV, 1963, pp. 109-124 y White, Hayden. “Collingwood and Toynbee: Transitions in English Historical Thought”. *English Miscellany*, 7, 1956, pp. 147-178.

¹⁸ Antoni, Carlo. *From History to Sociology. The Transition in German Historical Thinking*. (Traducido del italiano por Hayden White) Detroit: Wayne State University Press, 1959 (Ver Translator’s “Preface”, pp. IX-XII and Translator’s Introduction: “On History and Historicism”, pp. XV-XXVIII).

¹⁹ White, Hayden. “The Burden of History”. *History and Theory*, 2, 1966, pp. 111-134.

ria, demasiado lastrada por una concepción excesivamente rígida y formalista, importada de los métodos de las ciencias experimentales. Muchos historiadores consideraron sus ideas como un intento de evaporización de la historia, diluida entre los cantos de sirena de la ficción y perdida toda especificidad ante el predominio disciplinar de la literatura. El historiador norteamericano buscó refugio entonces, significativamente, en revistas más cercanas a la crítica literaria como la *New Literary History*, y se dedicó en cuerpo y alma a la elaboración de la que sería su obra más representativa: *Metahistoria*.

El desencadenamiento del debate: Metahistoria o el sueño de un historiador

En 1973, White publica *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*²⁰. Las palabras seleccionadas por el autor como pórtico (“sólo se puede estudiar lo que antes se ha soñado”) son bastante ilustrativas del carácter inaprensible pero al mismo tiempo sugerente del libro, que combina con eficacia la historia intelectual, la interpretación de los textos históricos, la teoría de la historia y la teoría literaria. Se trata de un análisis del pensamiento histórico de los historiadores y filósofos de la historia más representativos del siglo XIX: Friedrich Hegel, Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Benedetto Croce como referentes teóricos, y Jules Michelet, Leopold Ranke, Alexis de Tocqueville y Jacob Burckhardt como referentes propiamente historiográficos. La obra es, en su nivel más aparente, un tratado de historia intelectual en el sentido más clásico: una exposición del pensamiento y el influjo de los autores a través de un análisis contextualizado de sus textos más representativos. A un segundo nivel, se mueve en el campo de la historia de la historiografía, pues tanto los intelectuales seleccionados como los temas predominantes se refieren a la práctica de la disciplina histórica. Finalmente, en un tercer nivel más esencial y original, el libro es en sí mismo una

²⁰ White, Hayden. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973 (Cito por la edición en castellano: White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

exposición teórica, puesto que el autor no se limita a describir unos determinados autores o tendencias intelectuales, sino que propone un nuevo modo de acercarse a la realidad histórica —o, más específicamente, a la interpretación de los textos históricos escritos con la intención de recuperar y representar esa realidad histórica.

White desenmascara desde el principio su método de trabajo y su propuesta de análisis. Las palabras con las que inicia su prefacio son inequívocas. De entrada, reconoce que su análisis de la estructura de la *imaginación histórica* (expresión que aparece en el subtítulo de la obra) en el siglo XIX precisa una teoría formal de la obra histórica. Aquí, White actúa como historiador de la historiografía pero también como teórico de la historia. En esa teoría considera la obra histórica “como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa”²¹. Es decir, White defiende explícitamente una asimilación *formal* de la obra histórica a los relatos literarios. La errónea interpretación de esta sentencia es la que ha llevado a algunos comentaristas de White a considerarlo como un abanderado del realismo más radical, adscrito a los movimientos postestructuralistas y deconstruccionistas asociados al postmodernismo, tal como he sintetizado al principio de este artículo. Pero el historiador no está identificando *materialmente* la obra histórica con la literaria, sino que se queda, por el momento, a un nivel formal.

Su teoría formal de la historia, su “formalismo”, su método esencialmente retórico/literario y específicamente narrativista, su énfasis en los tropos literarios de las obras históricas, le llevan a cuestionarse por los métodos utilizados hasta ese momento para el análisis de las obras históricas²². White rechaza un análisis basado en la consideración del discurso histórico como un producto científico y que, por tanto, debe ser interpretado siguiendo los modelos de las ciencias experimentales. Como alternativa, postula un acercamiento

²¹ White, Hayden. *Metahistoria*. p. 9. Cita original: “a verbal structure in the form of a narrative prose discourse”.

²² “Mi método es, en suma, formalista” (White, Hayden. *Metahistoria*. p. 14).

basado en los métodos con los que la crítica literaria interpreta los textos de ficción, porque los textos históricos están más cerca de ellos que de los textos científicos-experimentales. Emergen de estas hipótesis dos consecuencias bastante radicales, que afectan al entero campo de las humanidades. Por un lado, se pone sobre la mesa el problema de las vinculaciones entre realidad histórica y ficción literaria. Por otro lado, se vincula más estrechamente a la disciplina histórica con la crítica literaria, alejándola de los métodos de las ciencias experimentales y desmitificando, por tanto, la que había sido la gran aspiración desde el historicismo germánico decimonónico y el positivismo francés finisecular: la construcción de una historia como ciencia. En este planteamiento, el historiador sería un escritor más que un científico, un autor más que un simple mediador.²³

El problema que plantea White con su énfasis en el “historiador como autor” no es, pues, de tipo epistemológico —una negación de la posibilidad del acceso a la realidad histórica— sino más propiamente metodológico —el *modo* de acceder a la realidad histórica y la interpretación de los escritos que surgen fruto de ese acceso. Al asimilar la obra histórica a la literaria a nivel formal, White concibe las construcciones de los historiadores como algo cerrado en sí mismo, una articulación mental que parte de unos condicionamientos *a priori* con tintes kantianos y que funciona como una creación histórica en sí misma:

“Las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de “datos”, conceptos teóricos para “explicar” esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como pa-

²³ He reflexionado sobre la figura del historiador como autor en Aurell, Jaume. “Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author”. *Rethinking History: Journal of Theory and Practice*, 10, 2006, pp. 433-449.

radigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie “histórica”. Este paradigma funciona como elemento “metahistórico” en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo”²⁴.

De ahí el concepto de “metahistoria”, que constituiría esa serie de realidades bien asentadas en el intelecto del historiador, que se situarían en un plano metahistórico —literalmente, “más allá” de la propia historia— y que funcionan como articuladores a priori de su discurso histórico. Sin embargo, aunque el uso del sufijo “meta” parece implicar que White sitúa la operación histórica “más allá”, “después”, o “por encima” de la escritura histórica, su análisis de los tropos literarios como constituyentes de la estructura más interna de la obra histórica, la sitúan más bien “antes” o “bajo” de la escritura histórica —en esa operación “a priori” al estilo kantiano a la que acabo de hacer referencia²⁵. De ahí que su teoría de los tropos, aplicados a la interpretación de las obras históricas, sea clave para la comprensión de la entera obra de Hayden White, como hago referencia un poco más adelante en este mismo artículo.

La escritura de la historia se identifica así con la narración. White percibe una *infraestructura metahistórica* que subyace a todas las construcciones teóricas de los filósofos e historiadores que analiza. Esa *metahistoria* (¿o deberíamos llamarla mejor *infrahistoria*?) es la que explica que los intelectuales analizados en su libro no se basen en conceptos teóricos para conseguir que su narración histórica adquiriera el aspecto de una explicación racional: simplemente los dan por supuesto. Por el contrario, la narración histórica depende de un nivel más profundo, casi inconsciente e irracional, por el que el historiador realiza un acto específicamente poético. En ese acto mental es donde el historiador *prefigura* el campo histórico

²⁴ White, Hayden. *Metahistoria*. p. 9.

²⁵ Spiegel, Gabrielle. “Above, About and Beyond”. p. 2.

y lo constituye como un dominio sobre el que aplica las teorías específicas que utilizará, posteriormente, para explicar “lo que realmente sucedió”, según la célebre máxima rankiana. Es fácil entender así que las recientes interpretaciones sobre la obra de White hayan enfatizado la capacidad de los “tropos literarios” de funcionar como *metáforas* de lo “históricamente real”, que liberarían al historiador de la responsabilidad moral del historiador (“the burden of historian”) de presentar siempre un escrito referencial²⁶. Los tradicionales tropos literarios, las formas básicas de la trama narrativa (la metonimia, la sinécdoque, la metáfora y la ironía), no serían pues, propiamente, figuras de lo real sino, simplemente, imágenes más o menos precisas de ella²⁷. Más específicamente, Herman Paul, en su biografía intelectual sobre Hayden White, se ha referido a esos tropos como “prefiguraciones metahistóricas de lo “real” que subyacen en los discursos narrativos en prosa”²⁸.

El problema epistemológico: entre el conocimiento histórico y estética literaria

A través de la identificación *formal* de la obra histórica con la literaria, White se cuestiona la cuestión *material* del origen y el alcance del conocimiento histórico —utilizo aquí los conceptos de “materia” y “forma” en su dimensión más evidente y palmaria, que es como las utiliza White, y por tanto no en su acepción específi-

²⁶ Significativamente, Hayden White ya había utilizado esa expresión del “peso de la historia” (“the burden of history”), en el sentido de “fardo” o “legado”, en un artículo publicado a mediados de los años 1960: White, Hayden. “The Burden of History”. *History and Theory*, 5, 1966: pp. 111-134.

²⁷ Las ideas que recojo en este párrafo han sido enfatizadas por los últimos trabajos dedicados a la interpretación de la obra de Hayden White, especialmente: Doran, Richard. “Choosing the Past: Hayden White and the Philosophy of History”. Doran, Robert (ed.). *Philosophy of History after Hayden White*. Londres: Bloomsbury, 2013; Doran, Richard. “Humanism, Formalism”; y, unos años antes, por Moses, Dirk. “Hayden White, Traumatic Nationalism, and the Public Role of History”. *History and Theory*, 44, 2005, pp. 311-332.

²⁸ Paul, Herman. *Hayden White: The Historical Imagination*. Cambridge: Polity Press, 2011, p. 73.

camente filosófica, basada en la teoría hilemórfica aristotélica. De este modo, White afronta radicalmente el problema de la “referencialidad”, uno de los conceptos claves de cualquier argumentación teórica sobre la historicidad. La historia remite siempre a una realidad “fuera del texto”, a una realidad que tiene un *referente* externo. La literatura, por su parte, no necesita esta referencialidad externa, se basta con su realidad “intratextual”. Esto es lo que explica Jacques Derrida en una expresión tan citada como malinterpretada: “il n’y a pas de hors-texte”. Los detractores del postmodernismo— o los que no han sabido hacer una lectura matizada de esta corriente— lo han traducido como “no hay nada fuera *del* texto”, como si la realidad se hubiera desvanecido y sólo nos quedaran las palabras, las narraciones y los textos. Pero lo que en realidad el intelectual francés expresó es que “no hay nada *fuera-del-texto*”, es decir que la realidad no puede ser representada de otro modo que a través del texto, enfatizando así la autonomía del texto para construir un discurso autónomo, cerrado en sí mismo, sea de tipo referencial o no.

Como consecuencia de todo ello, el historiador norteamericano considera que los historiadores argumentan con procedimientos que nada tienen que ver con los métodos de las ciencias experimentales, sino que proceden excluyendo determinados hechos de su relato como irrelevantes para su propósito narrativo e incluso incluyendo especulaciones que no se encuentran en los hechos verdaderos. La *poética histórica*, adquirida apriorísticamente y de un modo más o menos reflexivo, es la que condiciona el resultado de la investigación histórica. Por este motivo, White interpreta la obra de los historiadores y filósofos de la historia tomando prestados los métodos propios de la crítica literaria y de la lingüística.

Como consecuencia de este planteamiento, White establece tres procedimientos para clasificar las narraciones históricas: la explicación por la trama, la explicación por la argumentación y la explicación por la implicación ideológica. La “explicación por la trama” (“*emplotment*”, en el original) se basa en la distinción elaborada por el crítico literario Northrop Frye entre cuatro modos de tramar: el

romance o novela, la tragedia, la comedia y la sátira²⁹. Cada historiador elige una de estas categorías como dominantes en su discurso: Michelet dio a todos sus relatos la forma de romance, Tocqueville la tragedia, Ranke la cómica y Burckhardt la sátira. La “explicación por la argumentación” (“formal argument”) ofrece una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven como leyes de explicación histórica. White distingue aquí el “formismo”, el organicismo, el mecanicismo y el contextualismo, siguiendo el análisis de Stephen Pepper³⁰. Por fin, la “explicación por la implicación ideológica” refleja el elemento ético de la asunción por el historiador de una posición particular sobre el problema del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes. Distingue así, basándose en este caso en las ideas de Karl Mannheim, cuatro modos de implicación ideológica: anarquismo, radicalismo, conservadurismo y liberalismo³¹.

Más allá de su evidente carácter convencional y formalista (lo cual es, desde mi punto de vista, la mayor debilidad ontológica de la obra de White), esta triple distinción le permite avanzar en tres niveles que saltan a la vista en el análisis mínimamente sistemático de cualquier obra histórica: el nivel aparente de la trama (¿bajo qué “forma literaria” *aparece* la obra histórica?), el nivel epistemológico de la argumentación (¿cuál es la “teoría histórica” elegida por el historiador, la cual subyace a lo largo de la narración y condiciona su esquema y desarrollo?) y el nivel ideológico de la implicación (¿qué intencionalidad práctica tiene el historiador? ¿Qué posición toma ante el mundo y cómo pretende cambiarlo o conservarlo a través de su obra histórica?). Visto desde otro punto de vista, la trama reflejaría una percepción “estética”, la argumentación una percepción

²⁹ Concretamente, White remite a Frye, Northrop. *Anatomy of Criticism*. Princeton: Princeton University Press, 1957.

³⁰ Pepper, Stephen. *World Hypotheses. A Study in Evidence*. Berkeley: University of California Press, 1966.

³¹ Mannheim, Karl. “Prospect of Scientific Politics”. *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge*. Nueva York: Brace, 1946.

“cognoscitiva” y la implicación ideológica una percepción “ética” del historiador. Como historiador de la historiografía, para mí ha sido fascinante comprobar cómo el debate en torno a la *Metahistoria* y las ideas de su autor han evolucionado, en estos cuatro últimos decenios, precisamente siguiendo esa secuencia. En un primer momento, los comentaristas se centraron en las consecuencias estéticas (es decir, en las repercusiones de la identificación formal entre la obra histórica y la literaria, por tanto las vinculaciones entre historia y crítica literaria que se abrían con este planteamiento), enfatizando así la dimensión más cognoscitiva de la *Metahistoria*, es decir, su relación con la teoría de la historia, y por tanto en las relaciones entre la disciplina histórica y la filosófica³². Y por fin, más recientemente, tal como arguyo al final de este artículo, los historiadores han recuperado una lectura específicamente histórica de la obra de White, realzando toda su dimensión ética —y cerrando de este modo el círculo hermenéutico del propio White, cuyo primer gran trabajo, publicado en 1966, hacía referencia precisamente a esa dimensión ética, así como a sus últimas publicaciones³³.

³² Vann, Richard. “The Reception of Hayden White”. *History and Theory*, 37, 1998, pp. 143-161. Es muy significativo que el magnífico artículo de Vann sobre la recepción de *Metahistoria* durante los anteriores 25 años se centre en la dimensión retórica (estética) y epistémica (ontológica) de la obra, sin hacer referencia apenas a su dimensión ética, que aparece sólo en la parte final, al mencionar la postura de White en el naciente (por aquellos años) debate en torno a la historicidad del Holocausto.

³³ El artículo de 1966 es el ya citado: (“The Burden of History”. *History and Theory*, 2, 1966, pp. 111-134). Sus últimas publicaciones con trasfondo ético son: White, Hayden. “The Modernist Event”. *Figural Realism Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1999, pp. 66-86 (publicado originariamente en Sobchack, Vivian (ed.). *The Persistence of History. Cinema, Television, and the Modern Event*. London: Routledge, 1996, pp. 17-38); White, Hayden. “The public relevance of historical studies A reply to Dirk Moses”. *History and Theory*, 44, 2005, pp. 333-338; White, Hayden. “The Future of Utopia in History”. *Historiein*, 7, 2007, pp. 11-19; White, Hayden. “The practical past”. *Historiein*, 10, 2010, pp. 10-19.

A través de la aplicación sistemática de estos tres niveles de explicación, White llega finalmente al núcleo de su argumentación: el estilo historiográfico surge de la combinación entre los diferentes modos de tramar (romántico, trágico, cómico y satírico), de argumentar (formista, mecanicista, organicista y contextualista) y de implicar ideológicamente (anarquista, radical, conservador y liberal). Lógicamente, no todos los historiadores eligen unos modos “puros” sino que se mueven en ocasiones en las fronteras, como la peculiar combinación que trató de conseguir Michelet entre un modo de tramar romántico y una ideología liberal, que hubiera cuadrado mejor con la trama satírica. Poco importa tampoco que White no llegue a aplicar realmente esos complicados modos de argumentar a las pequeñas biografías intelectuales que constituyen el núcleo central de *Metahistoria*, cayendo probablemente él mismo en esa aproximación acrítica e inconsciente, previamente asumida, que él aplica a toda operación histórica. En este sentido, *Metahistoria* se quiebra en dos: la parte introductoria y las conclusiones por una parte; y toda la exposición central, la interpretación de los autores decimonónicos elegidos. Esto explicaría que muy pocos han leído realmente la parte argumentativa central del libro, y se han limitado a analizar detenidamente las sugerentes ideas de la introducción y la conclusión. Pero, en todo caso, se impone con una fuerza cautivadora la idea central de White: que el resultado final de cualquier obra histórica es siempre de naturaleza poética y, más específicamente, lingüística.

El historiador norteamericano acude aquí a la imagen del historiador que se enfrenta a la construcción de su obra igual que un gramático que debe enfrentarse al análisis de una nueva lengua: el primer problema es distinguir entre los elementos léxicos, gramaticales, sintácticos y semánticos de su nuevo campo de estudio. Partiendo de sus documentos, el historiador generará sus propios términos, preparándolos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos su narración. Ese campo *prefigurado* es

descrito por White como el “protocolo lingüístico preconceptual” del historiador³⁴.

Finalmente, el historiador responde a su pregunta clave (¿qué ocurrió *realmente*?) a través de un acto prefigurativo poético que precede al análisis formal y predetermina las estrategias conceptuales que usará para explicarlo. Al poner en relación las cuatro estrategias tropológicas del lenguaje poético con los distintos modos de explicación utilizados por los historiadores en sus obras, White puede localizar la tendencia historiográfica particular a la que se adscribe cada uno de ellos. Esto le permite abandonar las categorías habituales para designar las diferentes “escuelas” de la escritura histórica en el siglo XIX, argumentando que éstas eran categorías tomadas convencionalmente de movimientos culturales más genéricos provenientes de la filosofía (romanticismo, idealismo, marxismo o positivismo) o de movimientos ideológicos provenientes de la teoría política como el liberalismo, el radicalismo, el marxismo o el conservadurismo.

White sustituye así las categorías clásicas de las tendencias historiográficas por la especificación de los niveles estéticos, epistemológicos y éticos de cada historiador y de sus obras históricas, y los agrupa, por tanto, en cuanto a su contenido formal y no estrictamente material o ideológico. Esto explicaría, por ejemplo, por qué un historiador como Marx, que utiliza una teoría explicativa mecanicista, no tendría ninguna autoridad en un público precriticamente comprometido con el modo de argumentación contextualista o el modo de implicación ideológica conservadora. Esto explicaría también la diversidad de escuelas y corrientes que ha experimentado la disciplina histórica en estos dos últimos siglos, lo que contrasta radicalmente con la evolución de las ciencias experimentales, mucho más cohesionadas en cuanto a sus fundamentos teóricos y metodológicos. La diversificación de las diversas tendencias historiográficas vendría determinada por el diferente criterio de elección de sus protocolos lingüísticos más que por la aplicación de unos determinados criterios materiales y de contenido.

³⁴ White, Hayden. *Metahistoria*. p. 40.

La distinción entre historia propiamente dicha y filosofía de la historia deviene por tanto artificial, ya que lo único que distingue a historiadores y filósofos de la historia es que los segundos simplemente han tratado de explicitar lo que en los primeros estaba implícito: la especificación de los criterios que subyacen a cualquier obra histórica, todos ellos de naturaleza lingüística. Consecuentemente, no es de extrañar que los más destacados filósofos de la historia del siglo XIX, con la posible excepción de Marx, hayan sido esencialmente filósofos del lenguaje o dialécticos, como Hegel, Nietzsche o Croce³⁵. La evolución de las disciplinas humanísticas durante estos últimos cuatro decenios ha demostrado el protagonismo del lenguaje en nuestro acercamiento, el análisis y la transmisión de la realidad histórica. No en vano, a partir de finales de los años sesenta, la expansión de las tendencias asociadas al giro lingüístico han sido hegemónicas en el discurso académico.

Por otra parte, la historia no supera en el siglo XIX su eterna aspiración a convertirse en una ciencia porque los historiadores no consiguen ponerse de acuerdo —como sí pudieron hacerlo los científicos naturales en el siglo XVII— en un modo de discurso específico. De hecho, el esfuerzo de los historiadores decimonónicos fue en buena medida aclarar los conceptos epistemológicos y estéticos subyacentes en la composición de sus narraciones para conseguir, de este modo, un lenguaje científico común a todos ellos. Pero ningún protocolo lingüístico logró ser hegemónico entre los historiadores —ni entre las humanidades y las ciencias sociales en general— como la lógica y las matemáticas lo habían hecho entre las ciencias físicas desde la época de Newton. Desechada la idea de crear un “lenguaje técnico-histórico”, los historiadores se abonaron a la pluralidad de las estrategias interpretativas contenida en los usos de la lengua ordinaria.

Esta intuición de White no es nada despreciable, porque la experiencia del siglo XX ha demostrado que cualquier intento de “tecnificar” el lenguaje de la narración histórica —véase las expe-

³⁵ *Ibidem*, p. 406.

riencias del marxismo, el estructuralismo y el cuantitativismo— ha llevado a un reduccionismo o mecanicismo que ha conducido a la historia a alejarse de su objeto prioritario: el hombre. Significativamente, la misma figura del “filósofo de la historia” fue desapareciendo del ámbito historiográfico y quedó finalmente desacreditada tras algunos efímeros proyectos de los historicistas de entreguerras como los de Robin Collingwood, Herbert Spengler y Arnold Toynbee: los historiadores se volvieron escépticos respecto a la posibilidad de unificar los fundamentos teóricos de su disciplina. Tras la segunda guerra mundial, la historia cayó en la trampa de la tecnificación de su lenguaje, lo que contribuyó, entre otras cosas, a la creación de una jerga específica que alejó a los libros de los historiadores profesionales de las estanterías de las librerías de consumo. Fue sólo a partir de los años 70, con la labor de unos pioneros historiadores que apostaron por la vuelta a un lenguaje narrativo —Emmanuel Le Roy Ladurie, Georges Duby, Simon Schama, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis— cuando la historia volvería a recuperar un lenguaje verdaderamente humano, pero al mismo tiempo supuestamente menos “científico”.

En el fondo, lo que White diagnostica en su *Metahistoria* no es más que la complejidad del acceso, el conocimiento y la narración del pasado. Como Carlo Ginzburg apuntó certeramente,

“Desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcance resultados que no tengan gran importancia”³⁶.

Los historiadores cuantitativistas de los años cincuenta y sesenta lograron, en efecto, un lenguaje científico a través de sus masi-

³⁶ Ginzburg, Carlo. “Roots of a Scientific Paradigm”. *Theory and Society*, 7, 1979, p. 276, citado en Burke, Peter. “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”. *El pasado y el presente*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 117-118.

vas investigaciones y de la aplicación de la estadística a su documentación, pero se dieron cuenta de que en el camino habían perdido dos aspectos esenciales: el lenguaje narrativo y la representatividad de sus resultados. Habían abandonado, por tanto, el vínculo entre el historiador y su público potencial, entregándose a un lenguaje científico, jergal y refugiado en los estrechos confines de la academia. Los narrativistas de los setenta, por su parte, intentaron recuperar un lenguaje referencial, lo que no les liberó sin embargo de una cierta angustia epistemológica fruto de la pérdida *aparente* de estatus científico.

Lo esencial de la *Metahistoria* es que White no reflexionaba únicamente sobre el grado de realismo, de veracidad o de científicidad de una obra histórica —todos ellos aspectos materiales— sino que basaba también su argumentación en sus aspectos formales: es decir, aquellos que más aparentemente asimilaban las obras históricas a las obras literarias. Este énfasis en lo formal por encima de lo material le llevó, paradójicamente, a plantearse cuestiones profundamente éticas. No hay lugar, por tanto, al debate sobre si la historia es una ciencia o no. White sostiene que el grado de “cientificidad” de una obra histórica es simplemente una cuestión aparente y formal, y es directamente proporcional al grado de visibilidad formal que el historiador le haya querido dar, no al grado de contenido real de sus narraciones —que se da por supuesto. Esto motivó que las primeras críticas que recibió White fueran precisamente que en su obra había obviado lo más básico: la búsqueda de la verdad como la tarea más importante del historiador³⁷. Otros le recriminaron que su *Metahistoria* era uno de esos libros más capaces de estimular debates sobre ellos mismos que de resolver los problemas particulares planteados en ellos³⁸.

³⁷Momigliano, Arnaldo. “The Rhetoric of History and the History of Rhetoric: On Hayden White’s Tropes”. *Comparative Criticism. A Yearbook*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981, p. 259.

³⁸ Algunas de estas críticas las recoge, sin adherirse a ellas, Domanska, Ewa. “Hayden White: Beyond Irony”. *History and Theory*, 37, 1998, p. 174 y Ankersmit, Frank. “Historiography and Postmodernism”. *History and Theory*, 28, 1989,

La culminación del debate: de la estética a la ética

El influjo historiográfico de *Metahistoria* de White ha sido, con todo, indudable. Para algunos historiadores autorizados, la *Metahistoria* marca un decisivo giro de la historia hacia el narrativismo y los pequeños relatos del postestructuralismo y el postmodernismo, en detrimento de las aspiraciones “científicas” de los grandes relatos del estructuralismo y del marxismo (los “metarrelatos”)³⁹. Tomando como referencia a esta obra y a los postulados del giro lingüístico, algunos académicos como el propio Hayden White, Roland Barthes, Michel Foucault, Northrop Frye y Jacques Derrida han redefinido las relaciones entre el discurso histórico y el pasado, y las han hecho pivotar del campo científico al propiamente narrativo y lingüístico⁴⁰. Sin negar la evidencia de que los acontecimientos del pasado han existido, consideran que cualquier *relato* de esos acontecimientos tiene una existencia exclusivamente lingüística y que no hay una realidad, por tanto, fuera de ellas. El lenguaje deja atrás su tradicional rol de mero intermediario o de dar simplemente “forma” a los hechos históricos, para convertirse en un generador de la realidad, descrita en los relatos históricos. No es extraño, por tanto, encontrar en las raíces de estas tendencias a la hermenéutica de la sospecha de Nietzsche, la redefinición de la historicidad del Heidegger del *Ser y Tiempo* y las reflexiones epistemológicas de Wittgenstein. El lenguaje no sólo expresa y transmite significados, sino que también los crea y los transforma. Su privilegiada posición tiene su origen en su insustituible capacidad de re-crear la realidad del pasado. El análisis de los discursos históricos precisa, por tanto, unas herramientas que provienen de la crítica literaria, no de las ciencias experimentales. Finalmente, estas nuevas tendencias permiten ahondar en la necesaria distinción entre la historia como las “cosas que han sucedido” y la

p. 141.

³⁹ Breisach, Ernst. *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and its Aftermath*. Chicago: University of Chicago Press, 2003, p. 74.

⁴⁰ Aurell, Jaume. “Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente”. *Rilce*, 20, 2004, pp. 3-20.

historia como “la narración de las cosas que han sucedido”, algo que entra dentro de la órbita del sentido común.

Con todo este bagaje teórico, White estaba sobradamente acreditado para participar en el intenso debate sobre la naturaleza de la historia que se fraguó en los años ochenta. Y lo hizo con otro artículo programático, de 1984, titulado “La concepción de la narrativa en la teoría historiográfica actual”, publicado en *History and Theory*, en el que recogía el eco del artículo de Lawrence Stone sobre el resurgimiento de la narrativa y de los debates posteriores sobre la función de la narrativa en la historia⁴¹. Según White, la inclinación a la sofisticación científica había alejado a la historia de su instrumento más natural, la narración. Con esto, trataba de desenmascarar el formalismo que hay en muchas de las aspiraciones “científicas” de la historia, especialmente en experimentos como el marxismo, el estructuralismo o el cuantitativismo. La distinción entre historia y literatura no radica en su forma narrativa sino en su contenido. Lo que ha acreditado a los historiadores de todos los tiempos no es su grado de “cientificidad” sino su capacidad para narrar una historia real a través de un discurso referencial. Especialmente ilustrativo es el ejemplo del nacimiento de la historiografía medieval en lengua vernácula, a partir del siglo XIII. A los cronistas bajomedievales les bastó con prosificar la tradición épica, recibida por tradición oral y versificada. Este cambio formal les acreditó como “contadores de la verdad”, aunque en sus crónicas hay algunos hechos milagrosos o legendarios que no superarían el rigor de la moderna crítica textual⁴².

⁴¹ Artículo publicado por primera vez en White, Hayden. “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory”. *History and Theory*, 23, 1984 y recogido posteriormente en White, Hayden. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987.

⁴² El tema de la prosificación de las crónicas medievales y su función “realística”, lo han tocado monográficamente Spiegel, Gabrielle. *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*. Berkeley: University of California Press, 1993 y Aurell, Jaume. *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*. Chicago, The University of Chicago Press, 2012.

El tono narrativo en la historia se fue perdiendo a lo largo de los dos últimos siglos, y sólo se ha recuperado gracias a las teorías desarrolladas en los años setenta y ochenta por la nueva teoría histórica. En primer lugar, la representada por ciertos filósofos analíticos angloamericanos —Patrick Gardiner, William H. Dray, Morton White, Arthur Danto, Louis O. Mink, W.H. Walsh— que han intentado establecer el estatus epistemológico de la narratividad, considerado como el tipo de explicación más acorde con la naturaleza de los procesos históricos y humanos, frente a los naturales⁴³. Un segundo grupo sería el de ciertos historiadores orientados hacia las ciencias sociales, como el grupo francés de la tercera generación de los Annales —François Furet, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie— quienes consideraban la historiografía narrativa como no científica, siendo necesaria su extirpación para transformar los estudios históricos en una verdadera ciencia⁴⁴. El tercer grupo es el de algunos teóricos de la literatura y filósofos de orientación semiológica que han sido posteriormente situados en la órbita del postmodernismo: Roland Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, Julia Kristeva, Tzvetan Todorov. Estos intelectuales han analizado la narrativa considerándola un “código” discursivo que puede ser o no apropiado para la representación de la realidad⁴⁵. El cuarto grupo lo constituirían algunos filósofos de orientación hermenéutica, como

⁴³ Algunos ejemplos: Gardiner, Patrick (ed.). *Theories of History. Readings from Classical and Contemporary Sources*. Londres y Nueva York: Free Press, 1976; Dray, William. *Philosophy of History*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1964; Atkinson, Ronald. *Knowledge and Explanation in History*. Londres: Macmillan, 1978.

⁴⁴ Esta visión de White ha sido rectificadísima brillantemente por Philippe Carrard, quien ha rescatado en un bello libro los matices más “narrativistas” de los Annales, cuyos historiadores habrían actuado como de precursores de esta corriente: Carrard, Philippe. *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992.

⁴⁵ Para una perspectiva global de las aportaciones de este grupo, Valesio, Paolo. *The Practice of Literary Semiotics: a Theoretical Proposal*. Urbino: Università di Urbino, 1978; otro magnífico diagnóstico, con mayor perspectiva, es el ya citado de Breisach, Ernst. *On the Future of History, the postmodernist challenge and its aftermath*. Chicago: University of Chicago Press, 2003.

Hans Gadamer, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, que han considerado la narrativa como un discurso de un tipo específico de conciencia temporal o estructura del tiempo.

De estos cuatro grupos, es quizás el tercero de ellos el que ha tenido un mayor influjo en la nueva teoría de la narratividad, la que postula a la narración como el único procedimiento adecuado de re-presentar el pasado y que, de hecho, reduce el pasado a la narratividad. Barthes es bastante contundente en este empeño:

“Como podemos ver, simplemente atendiendo a su estructura y sin tener que invocar la sustancia de su contenido, el discurso histórico es por esencia una forma de elaboración ideológica o, por decirlo más precisamente, una elaboración imaginaria”⁴⁶.

White localiza sutilmente el paso de una generación estructuralista (el primer Roland Barthes, Claude Lévi-Strauss y Roman Jakobson) a la post-estructuralista (Jacques Derrida, Julia Kristeva, Michel Foucault) en el “giro nietzscheano” de los intelectuales franceses de los años setenta. Todos estos pensadores se enfrentaron decididamente a la filosofía analítica anglófona, dominante en los años cuarenta y cincuenta, así como a la propia historiografía analítica francófona, representada por los *Annales* y el marxismo.

White se aleja, sin embargo, de estas posturas radicales de los postestructuralistas, básicamente por razones éticas. Afirma que la historia narrativa puede considerarse legítimamente como algo distinto al discurso científico, pero que esto no es razón suficiente para negar a la historia narrativa un valor de verdad sustancial. Por otra parte, tampoco defiende ingenuamente que el hecho de identificar formalmente historia y literatura conlleve menos problemas epistemológicos que identificar historia y ciencia. La historiografía occidental surge en el mundo clásico de un trasfondo literario, al intentar superar el discurso más arcaico del mito. El discurso histórico

⁴⁶ Barthes, Roland. “The Discourse of History”. *Comparative Criticism. A Yearbook*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981 [1967], p. 16.

se distinguió entonces en virtud de su materia (acontecimientos “reales” en la historia, “imaginarios” en el mito) más que por su forma (tanto la “historia” como el “mito” eran relatos presentados bajo la forma de tropos literarios). Las narraciones históricas no se pueden identificar materialmente con los discursos míticos o de ficción, por lo que hay que considerarlos como alegóricos, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra.

El historiador norteamericano se aviene aquí a los postulados de Gadamer y Ricoeur, según los cuales el método propio de las ciencias históricas es la hermenéutica, concebida menos como desciframiento que como “inter-pretación”, literalmente “traducción”, una “translación” de significados de una comunidad discursiva (los hechos del pasado) a otra (la narrativización de esos hechos). El resultado de esta translación es la narrativa, que es por tanto mucho más que un mero modo de explicación, un código o un vehículo para transmitir información. Es un medio de simbolizar los acontecimientos sin el cual no podría indicarse su historicidad. La forma del discurso histórico es la narrativa y el contenido aquello que ha sido narrativizado. El maridaje de forma y contenido produce el símbolo, que da como resultado precisamente la historicidad —el referente último de la historia. Finalmente, lo que Ricoeur y White pretenden demostrar es la suficiencia de la narratividad para conseguir los objetivos de los estudios históricos⁴⁷. La historicidad es un contenido del cual la narratividad es su forma.

Todos estos planteamientos facilitan además el reconocimiento de la dimensión ética de la historia y de la literatura. White aclara que la noción de “acontecimiento real” no descansa sobre la distinción entre verdadero y falso (que pertenece al orden de los discursos, no al de los hechos), sino más bien sobre la distinción entre real e imaginario (que pertenece tanto al orden de los acontecimientos como al orden de los discursos). Como sucede habitualmente en

⁴⁷ Las relaciones entre el pensamiento de White y Ricoeur, nada desdeñables a pesar de su diferente procedencia disciplinar, en Partner, Nancy. “Hayden White, The Form of the Content”. *History and Theory*. 37, 1998, pp. 162-172.

la literatura, se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales, que puede ser no menos “verdadero” por el hecho de ser imaginario. Por este motivo, los relatos de ficción que no están basados en lo “real” —por ejemplo, aquellos que no respetan las normas más básicas de la naturaleza humana o los que presentan como natural o habitual una conducta singular o poco ética— quedan desautorizados desde el punto de vista ético (“material”), aunque desde el punto de vista estético (“formal”) funcionen. En el caso de la historia, su ética está condicionada por la identificación entre lo real y lo verdadero (niveles fácticos y discursivos). Sin embargo, la imaginación juega aquí un papel esencial, no sólo porque debe ocuparse de cubrir racionalmente las lagunas que la documentación ha dejado (tal como lo demostraron Carlo Ginzburg y Natalie Z. Davis en sus relatos sobre el molinero y la campesina, respectivamente) sino porque todo acceso racional al pasado (y por tanto, no-presente) precisa de su concurso⁴⁸.

Quizás la mayor “utilidad” de la obra de White haya sido alertar a los historiadores de una excesiva ingenuidad respecto a la objetividad del conocimiento del pasado. Comparto la opinión de Frank Ankersmit de que White no ha puesto en duda la posibilidad del acceso al pasado, sino que simplemente ha enfatizado que es preciso poner un mayor énfasis en los *procedimientos* que rigen ese conocimiento y el modo de transmitirlo⁴⁹. Los dos frutos más palpables de su pensamiento han alcanzado el nivel teórico y el práctico. Desde el punto de vista teórico, la obra histórica ha empezado a ser considerada un artefacto literario, con todas las consecuencias epistemológicas que esto ha comportado: se han estrechado los vínculos entre la historia y la crítica literaria a la hora de analizar los textos históricos, como lo han hecho, por ejemplo, Gabrielle Spiegel para el medievismo, James Amelang para el modernismo, William H. Sewell para

⁴⁸ Natalie Z. Davis ha postulado concretamente la función primordial de la imaginación histórica (“historical imagination”) en todo discurso histórico (Aurell, Jaume. *La escritura de la memoria*. pp. 184-189).

⁴⁹ Ankersmit, Frank. “Hayden White’s Appeal to the Historians”. *History and Theory*, 37, 1998, pp. 182-193.

el contemporaneismo⁵⁰; se han legitimado algunos géneros como el autobiográfico, a través de la publicación de memorias de historiadores (por ejemplo, los ensayos de *ego-historia*, coordinados por Pierre Nora) o del análisis teórico de esas memorias, tal como lo hizo Jeremy D. Popkin⁵¹; y, por fin, se han abandonado las construcciones históricas basadas en un excesivo determinismo geográfico, al estilo del *Mediterráneo* de Fernand Braudel o del *Maconnais* del primer Georges Duby⁵². Desde el punto de vista práctico, han aumentado considerablemente los historiadores de prestigio que han diseñado sus obras históricas como una narración, como lo ponen de manifiesto las narraciones de Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Robert Darnton o Simon Schama. Paradójicamente, estas supuestas “claudicaciones” de la historia frente a la narración en general y la literatura en particular no han hecho perder vigor epistemológico a la disciplina histórica, tal como algunos críticos de White habían augurado. El debate teórico se ha acrecentado, la filosofía de la historia ha recuperado su estatus como subdisciplina de la historia y ha aumentado el diálogo interdisciplinar entre la historia y la crítica literaria, la lingüística y la antropología⁵³. Al mismo tiempo, nadie ha dudado hasta el momento de la función de los historiadores como intermediarios entre el presente y el pasado, pero se ha profundizado

⁵⁰ Spiegel, Gabrielle. *The Past as Text*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997; Amelang, James. *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*. Stanford: Stanford University Press, 1998 y Sewell, William. *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*. Cambridge: Cambridge University Press, 1980.

⁵¹ Nora, Pierre (ed.). *Essais d'ego-histoire*. París: Gallimard, 1987; Popkin, Jeremy. “Historians on the Autobiographical Frontier”. *American Historical Review*. 104, 1999, pp. 725-748.

⁵² Este movimiento historiográfico de los años cincuenta a setenta, conocido entre los historiadores como “La tierra y los hombres”, ha sido analizado por Bisson, Thomas. “*La terre et les hommes: a programme fulfilled?*”. *French History*. 14, 2000, pp. 322-345.

⁵³ De hecho, ese es uno de los principales objetivos de una asociación internacional recientemente creada: La “International Network for Theory of History (INTH)”: <http://www.inth.ugent.be/>.

en los problemas asociados al desarrollo de esa tarea. La historia se ha hecho más humana, porque las meta-narraciones estructurales y marxistas han sido sustituidas por los pequeños relatos y las narraciones personales: no sólo se escribe la historia a través del relato (dimensión formal) sino que se concibe la misma historia como un relato (dimensión material) y se interpreta la historia como relato (dimensión procedimental). Todo ello ha devuelto el protagonismo a la persona como centro de la historia, perdiendo vigor los esquemas y las estructuras.

La postmodernidad —que en la disciplina histórica ha tenido su concreción en el predominio del narrativismo— consiguió despedazar el discurso autosuficiente y *moderno* del pasado. Si ese ejercicio de deconstrucción fue necesario para poder individuar cada uno de los fragmentos que la modernidad pretendió borrar de un plumazo con sus metarrelatos, parece ahora insuficiente para reunirlos y dotarlos de sentido⁵⁴. No basta ahora con que el historiador sepa contar una historia sino que debe volver a comprometerse socialmente para intervenir en ella. Por este motivo, el debate epistemológico se ha transformado en una cuestión ética, pues se centra en la recuperación del sentido histórico, algo extraviado tras las audaces experimentaciones postmodernas. La narratividad está dejando paso a la interpretación y la preocupación estética cede ante las cuestiones éticas, concretadas en los conceptos de identidad en lo socio-político y de los significados en lo cultural⁵⁵. Como escribió el antropólogo Clifford Geertz, “el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significados”⁵⁶. La historia busca ahora

⁵⁴ Ver el acertado diagnóstico de Vázquez Gestal, Pablo. “¿Qué le pasó al giro lingüístico? De la narratividad a la interpretación en historiografía”. *Rilce*, 22, 2006, pp. 237-257.

⁵⁵ Lash, Scott y Friedman, Jonathan. “Introduction. Subjectivity and Modernity’s Other”. Friedman, Jonathan y Featherstone, Mike (eds.). *Modernity and Identity*. Oxford: Blackwell, 1992, pp. 1-30 y Hall, Stuart. “Introduction. Who needs ‘Identity’?” *Questions of Cultural Identity*. Londres: Sage, 1996, pp. 1-17.

⁵⁶ Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 1998, p.

interpretar los significados (comprender los procesos), más que explicarlos científicamente o narrarlos literariamente. El giro cultural, cuya influencia en la historiografía ha ido acrecentándose a lo largo de los años noventa, parece ahora asentado en la arista cortante de la innovación historiográfica, superando al giro lingüístico y sus derivaciones postmodernas⁵⁷.

Finalmente, la inagotable riqueza epistemológica y proyección disciplinar de la *Metahistoria* lo demuestra el hecho de que la interpretación de esta obra ha girado en los últimos años de lo retórico a lo ético. Los nuevos comentaristas han puesto de manifiesto que White decidió usar las formas retóricas para desenmascarar el aprisionamiento de la práctica histórica en las ideologías —lo que White había definido desde el principio como “el peso de la historia” —, “the burden of history”⁵⁸. Si el objetivo de White era liberar a la historia de ese “fardo”, codificado en los “realismos” del pensamiento histórico convencional, ¿por qué no privilegiar simplemente el argumento filosófico y ético, haciendo desaparecer el “bypass” retórico? Al conectar la imaginación histórica con el lenguaje, White estaba buscando un meta-lenguaje que le permitiera conceptualizar y localizar la variedad de lo real que este mismo meta-lenguaje produce⁵⁹. White pretendía ir más allá de la confusión que produce la contemporaneidad de los hechos (una simultaneidad que dificulta su propia interpretación), creando una teoría de los tropos aplicada a la interpretación de la historia⁶⁰. Con esta operación, concluye David Harlan, White “concibe la historia como una búsqueda de la

20.

⁵⁷ Bonell, Victoria y Hunt, Lynn (eds.). *Beyond the Cultural Turn*. Berkeley: University of California Press, 1999 y Delanty, Gerard. *Modernity and Postmodernity. Knowledge, Power and the Self*. Londres: Sage, 2000.

⁵⁸ Spiegel, Gabrielle. “Above, About and Beyond”. p. 6.

⁵⁹ Paul, Herman. *Hayden White: The Historical Imagination*. Cambridge: Polity Press, 2011, p. 26.

⁶⁰ Kellner, Hans. “A Bedrock of Order: Hayden White’s Linguistic Humanism”. *History and Theory*. 19, 1980, pp. 1-29 (aquí p. 11).

última realidad y como un acto de personal trascendencia. White es un teórico de la redención en una edad de simulaciones”⁶¹.

Lo que David Harlan, Hans Keller, Gabrielle Spiegel y Herman Paul están enfatizando con estas ideas es el carácter moral y humanístico de White, de su *Metahistoria* y de toda su obra posterior. Desde su artículo programático de 1966 sobre el peso/fardo de la historia, White habría alertado a los historiadores de liberarse de las formas preexistentes de hacer historia, con sus formalismos y servidumbres. Sólo una acción moral del historiador, dispuesto a mejorar su presente, es capaz de realizar esa operación de liberación. Sin embargo, en un intenso debate que White mantuvo con Dirk Moses en el año 2005, él mismo se mostró escéptico respecto a la capacidad de los “historiadores profesionales” de liderar esta tarea moral, porque ellos no estarían habilitados para participar en los debates de contenido político, ético, ideológico, religioso y metafísico⁶². El propio White había sostenido en *Metahistoria*, en una frase ciertamente escéptica que

“El conocimiento histórico no hace ninguna contribución significativa al problema de la *comprensión* de la naturaleza humana en general, porque no nos muestra nada acerca del hombre que no se pueda aprender a través del estudio de los hombres vivos, considerados como individuos o como grupos”⁶³.

Pero él mismo terminaba la frase con una conclusión moral: “pero sí ofrece [la historia] una ocasión para comprender el proble-

⁶¹ David Harlan, citado en Paul, Herman. *Hayden White*. p. 56.

⁶² White, Hayden. “The Public Relevance of Historical Studies A reply to Dirk Moses”. *History and Theory*, 44, 2005, pp. 333-38, aquí pp. 335-336. El artículo de White es una respuesta al de Moses, Dirk. “The Public Relevance of Historical Studies: A Rejoinder to Hayden White”. *History and Theory*, 44, 2005, pp. 339-47.

⁶³ White, Hayden. *Metahistoria*. pp. 63-64.

ma, el problema moral, del fin o propósito *con el cual* se debe vivir la vida”⁶⁴.

En el fondo de la *Metahistoria* de White subyace una realidad que es precisa para comprender el fondo *irónico* de esta obra: ha sido, paradójicamente, la aspiración a una objetividad total, que ha dominado a la disciplina histórica durante buena parte del siglo pasado, la que ha acantonado a los historiadores a esa tarea meramente “científica” (la transmisión del pasado) y no “moral o ética” (el deseo de cambiar el mundo presente y, por tanto, la intervención en los debates con contenido meta-objetivo). La dimensión moral de White vendría condicionada, pues, por su propio énfasis en la capacidad retórica y crítica del historiador, en su deseo de ir más allá de la acrítica asunción de unos valores predeterminados. Como Gabrielle Spiegel concluye brillantemente, en un universo post-metafísico, parece que es la meta-historia la que debe guiarnos moralmente⁶⁵. Esto explicaría por qué el propio White ha enfatizado recientemente la noción del “pasado práctico” (*practical past*) en lugar del “pasado histórico” (*historical past*), profundizando en su propio giro ético⁶⁶.

⁶⁴ White, Hayden. *Metahistoria*. pp. 64.

⁶⁵ Spiegel, Gabrielle. “Above, About and Beyond”. p. 11.

⁶⁶ White, Hayden. “The practical past”. *Historiein*. 10, 2010, pp. 10-19. Muy significativamente, esta recuperación de la noción del pasado práctico estaría muy vinculada a las posturas realistas de White frente al negacionismo de algunos historiadores profesionales respecto al Holocausto, que le llevaron a desarrollar sus ideas sobre el “evento modernista” (*modernist event*) y la voz intermedia (*middle voice*) – una voz ni activa ni pasiva, una narrativa sin narrador, sin tomar ningún punto de vista fuera de los hechos que está narrando, exhibiendo un tono de duda frente a la interpretación de los hechos que está narrando, y tomando una postura escéptica respecto a la cadena causa-efecto de los sucesos (Spiegel, Gabrielle. “Above, About and Beyond”, pp. 12-14). Sobre el “modernist event”, White, Hayden. “The Modernist Event”. *Figural Realism Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1999, pp. 66-86; sobre la “middle voice”, White, Hayden. “Historical Emplotment and the Problem of Truth in Historical Representation”. Fiedländer, Saul (ed.). *Probing the limits of representation Nazism and the ‘Final Solution’*. Cambridge: Harvard University Press, 1992, pp. 30-53. Sobre este importante asunto, muy influyente en el debate historiográfico actual, me parecen sumamente iluminadoras las ideas de Spiegel, Gabrielle. “The Task of the

White recoge aquí las ideas de Michael Oakeshott, quien postuló que nosotros creamos un pasado con la intención de hacer válidas unas creencias prácticas acerca del presente y del futuro, acerca del mundo en general⁶⁷. De este modo, el “pasado práctico” quedaría en manos de los científicos sociales, y el “pasado histórico” en manos de los historiadores profesionales⁶⁸. De este modo, a los historiadores les quedaría sólo la autoridad que les conferiría fijar un pasado histórico, base de la construcción de un pasado práctico.

Con su *Metahistoria*, White habría intentado precisamente paliar esta laguna moral y ética de los historiadores, estimulándoles a ir “más allá” de la historia, y no simplemente quedarse en el “cerca” de la historia. Queda en el aire, sin embargo, la duda de si en este trayecto ético, el planteamiento metahistórico de White perdió demasiado contenido ontológico. El camino de la retórica y lo estético (lo bello), a través de la teoría de los tropos, llevó a White a plantearse legítimamente cuestiones éticas y morales (lo bueno), a través de su noción del pasado práctico. Sin embargo, quizás la epistemología histórica (lo ontológico, la búsqueda de lo real, de lo verdadero) quedó demasiado en entredicho en el decurso de este proceso⁶⁹. Aunque no postulo un retorno a la cuestión de la “objetividad”

Historian”. *American Historical Review*. 114, 2009, pp. 1-15.

⁶⁷ Harlan, David. “The Burden of History Forty Years Later”. *Re-Figuring Hayden White*. Stanford: Stanford University Press, 2009, pp. 169-89, aquí p. 173.

⁶⁸ Hayden White es realmente radical en esta línea: “I not only deny the authority of “professional historians” to police anything. I also deny that historians, in their current professional capacity, possess the resources necessary for rendering “ethically responsible” judgments on whatever it is we mean by “history”” (White, Hayden. “The Public Relevance of Historical Studies. A Reply to Dirk Moses”. *History and Theory*. 44, 2005, pp. 333-338, aquí p. 355).

⁶⁹ En realidad, la teoría de los tropos tenía ya una fuerte componente moral en *Metahistoria*, más allá de su evidente dimensión estética y su consecuente dimensión epistémica, tal como lo ha formulado magníficamente Paul, Herman. “Metahistorical Prefigurations: Towards a Re-Interpretation of Tropology in Hayden White”. *Journal of Interdisciplinary Studies in History and Archaeology*. 1, 2004, pp. 1-19. Gabrielle Spiegel comenta muy agudamente al respecto que “tropes refer, in effect, not to the actual linguistic or literary properties of the historical texts analysed,

como punto central del debate en torno a la investigación histórica, me parece que conviene no abandonar una necesaria racionalidad en nuestra aproximación del pasado, sin dejarnos deslumbrar por la capacidad de lo sublime⁷⁰. Sin embargo, nadie negará la enorme autoridad de Hayden White para hacernos retomar los debates en torno a la dimensión ética de nuestro trabajo, unos debates que parecían haberse desvanecido en el ámbito de la historiografía profesional. Sin abandonar la búsqueda de la “verdad”, los historiadores pueden aprovecharse de este giro de lo epistémico y lo retórico a lo ético en su aproximación al pasado, recuperando un puesto central en el debate público.

but rather to metahistorical concepts, that is to say, to the moral, aesthetic and ontological presuppositions underlying historical writing and thought” (Spiegel, Gabrielle. “Rhetorical Theory/Theoretical Rhetoric”, nota 15).

⁷⁰ Aquí estoy desde luego mucho más cerca de los postulados de Gabrielle Spiegel (ver por ejemplo Spiegel, Gabrielle. “Above, About and Beyond”. pp. 13-14) que del Frank Ankersmitt de *Sublime Historical Experience*. Stanford: Stanford University Press, 2005, por citar dos de los historiadores más autorizados en los recientes debates historiográficos.